

Una mansión que acoge infinidad de orgías (3) (1ª parte)

Autor: El Manso Embravecido

Categoría: Adultos / eróticos

Publicado el: 30/12/2024

Araceli está a punto de terminar su jornada laboral como segurata en esta mansión de lujuria y sadomaso a raudales.

Hace ya hora y media que despidió al esclavo que le estuvo comiendo la panocha ensangrentada por la menstruación.

Después de pegarse una ducha, ponerse una compresa, su ropa interior y su ropa de calle, está esperando a Jorge que es el segurata que la va a sustituir en su puesto.

Jorge es un hombre de 42 años, 1,90 m de altura y 100 kg de peso. Es el típico chico obsesionado con la vida fitness. Es un armario empotrado. Araceli desea ser, a su vez, empotrada por él. Pero Jorge está muy enamorado de su esposa, con la que se casó recientemente, y de momento no tiene ojos para otras hembras.

Jorge entra en la garita, saluda a Araceli con dos besos y le pregunta qué tal la jornada. Ella le hace un pequeño resumen de lo ocurrido en las habitaciones de la mansión (omitiendo la sesión de sexo que tuvo con el esclavo), y se despide de Jorge deseándole buena jornada.

Araceli antes de abandonar la garita le echó un vistazo al paquete de su compañero, se relamió los labios y se fue, diciendo para sus adentros “Madre mía que hombrón. A ver si se cansa pronto de adorar a su esposa y se fija en mí y me empotra como a una yegua en celo”.

Una vez que Jorge se quedó solo en la garita comenzó a hacer zapping por los monitores para ver qué había de nuevo. Quedó estupefacto cuando en la habitación 9 vio al párroco de su barriada, don Benedicto. Pero el asombro no quedó ahí. Estaba acompañado por un matrimonio que son vecinos suyos. Rafael y Martirio viven dos pisos por arriba de Jorge. En las reuniones de vecinos se muestran muy estirados y recatados.

En esta habitación, los tres ocupantes estaban aún vestidos cuando el segurata los interceptó haciendo zapping. Don Benedicto es rechoncho y lleva su habitual sotana y está sentado en una butaca. Enfrente de él, de rodillas como si estuvieran en confesión estaba el matrimonio.

Martirio va con un traje pantalón color gris, blusa blanca y el pelo recogido en un moño. Muy sobria, en su estilo, y sin casi maquillaje. Es una mujer de unos 45 años.

Rafael tiene 50 años, es de mediana estatura, con incipiente alopecia y va con pantalón de tergal negro y camisa azul.

Jorge se pregunta qué hacen esos tres carcas mojigatos en esta mansión del desenfreno sexual, y afinó el oído.

—Os he citado en esta mansión, de la que soy su mayor accionista y que todas sus alcobas o celdas están dedicadas a la meditación e introspección, para que me desarrolléis con pelos y señales lo que me contasteis ayer de forma atropellada y precipitada sobre vuestra hija —comentó don Benedicto, mintiendo en lo de que la mansión es un refugio de paz espiritual.

—Pues verá don Benedicto —comenzó Martirio— nuestra hija nos hizo una proposición sexual degenerada a no poder más. Nos dijo que haría un sándwich sexual con nosotros si le subíamos la paga semanal y la dejábamos ir en verano con sus amigas a Las Vegas. Estamos consternados. ¿Qué podemos hacer?

—Nosotros habíamos pensado —continuó Rafael— ingresarla en un convento, a ver si se le quita el puterío que se está apoderando de ella.

Don Benedicto se quedó un rato reflexionando. A los pocos minutos, por fin, se decidió a darles su opinión:

—Miren ustedes. No sean ingenuos. En el convento solo conseguirían que la Madre Superiora y el resto de sus compañeras monjas abusaran sexualmente de ella. ¡Menudas son estas! La reclusión en colegios internos, cárceles y conventos solo sirve para exacerbar más, aún si cabe, los instintos sexuales que intentamos reprimir.

—Pero entonces, ¿qué nos aconseja? —preguntó con ansiedad Rafael.

—Que se la follen. Y cuanto antes, mejor.

—¿Pero estoy oyendo correctamente o es una alucinación? —soltó con estupor Martirio.

–Oigan bien lo que les voy a decir. La especie humana sobrevivió y hoy somos casi 8.000 millones de personas en el mundo gracias al incesto. Cuando el Ser Supremo se dignó a consentir que dejáramos de ser simples simios para alcanzar la categoría de homo sapiens, los Caín y Abel de turno se acostaron con Eva, su madre, para reproducirse. En varias épocas de la Prehistoria y de la Historia tuvimos que recurrir al incesto para no extinguirnos. El incesto es una ley natural como el matar para alimentarse o el morir para no sobrecargar el planeta. Son leyes emanadas de Dios. La Biblia defiende el incesto. Se narran varios casos, el más conocido es el de Lot y sus dos hijas. El Ser Divino dijo “Creced y multiplicaos”, no puso restricción alguna a esta máxima de su pensamiento. Así que, sin más dilaciones, os aboco a que os folléis a vuestra hija sin ningún tipo de reserva moral ni mojigatería.

–Bueno, nos lo pensaremos –dijo humildemente Martirio.

–No hay nada que pensar. Al César lo que es del César y a la golfa de vuestra hija, mucha polla y coño de sus progenitores y a dejarla preñada. He dicho.

–Muchas gracias don Benedicto por sus consejos espirituales. Aquí estamos para lo que necesite –dijo ingenuamente Rafael.

–Un momento. Antes de irse deben pagar el diezmo.

–Claro que sí, don Benedicto. Usted dirá a cuánto asciende.

–En esta mansión todo se paga en especies. El vil metal lo emponzoña todo. El trueque platónico-comunista es nuestra seña de identidad. El diezmo es el derecho de pernada. Me follaré vuestras bocas y culos y el chumino de Martirio. La igualdad de trato es una máxima para mí.

–Pero esto es inmoral, don Benedicto. ¡Cómo me exige que le preste a mi esposa y que le ponga el culo! –comentó Rafael.

–Mi lema es “La moral es para los débiles” –sentenció el párroco–. Usted no me presta nada. Es una deuda que tiene que saldarse. Las deudas con la Santa Madre Iglesia no se cancelan ni se suprimen per saecula saeculorum amen.

Martirio estaba decidida a convertir su vida en eso, en un martirio. Así que, dócilmente comenzó a desabrocharse la blusa y, poco a poco, a despelotarse.

Don Benedicto se quitó en un santiamén la sotana, quedando como Dios lo trajo al mundo. Se recreaba en su butaca.

Martirio, de rodillas, se acercó al rabo del párroco y se lo fue engullendo por la garganta hasta no dejar más que dos dedos de polla fuera de la comisura de sus labios. Don Benedicto le hizo un gesto a Rafael para que se desprendiera de su ropa ipso facto. Rafael obedeció y una vez desnudo, el cura le indicó lo siguiente:

–Acércate de rodillas, como hizo la puta de tu mujer, y ayúdale a manducar mi morcilla. Es mucha carne para ella sola.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [El Manso Embravecido](#)

Más relatos de la categoría: [Adultos / eróticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)